

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE -ECUADOR

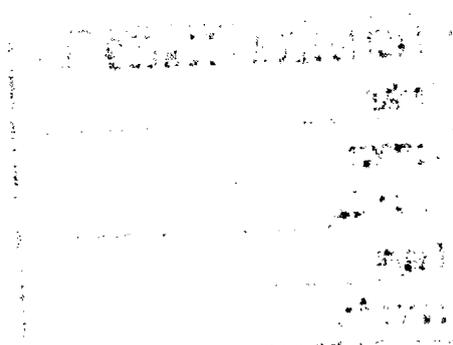
PROGRAMA DE ANTROPOLOGÍA

“JÓVENES NEGRO/AS”. CUERPO, ETNICIDAD Y PODER.

Un análisis etnográfico de los usos y representaciones del cuerpo.

ALFREDO SANTILLÁN CORNEJO

OCTUBRE-2006



FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE –ECUADOR

PROGRAMA DE ANTROPOLOGÍA

“JÓVENES NEGRO/AS”. CUERPO, ETNICIDAD Y PODER.
Un análisis etnográfico de los usos y representaciones del cuerpo.

ALFREDO SANTILLÁN CORNEJO

DIRECTOR: MAURO CERBINO

QUITO, OCTUBRE DEL 2006

*a Sara Micaela y Bernarda Sofía,
por sonreír siempre y en todo momento.*

*a todos/as los/as jóvenes que de una
u otra forma exigen reconocimiento*

Agradezco infinitamente a todas las personas que aportaron sugerencias y críticas a este trabajo, especialmente a Cristina Arroyo, Eduardo Kingman, Mauro Cerbino, Edison Hurtado por la generosidad en compartir sus saberes. A Carlos de la Torre y Xavier Andrade por los comentarios críticos. A FLACSO-Ecuador y al UNFPA por los recursos económicos sin los cuales no hubiera sido posible esta investigación.

INDICE	6
RESUMEN	8
CAPÍTULO I	10
ASPECTOS TEORICOS Y METODOLOGICOS DE LA INVESTIGACION.	
1.1 Balance crítico sobre los estudios de jóvenes en el Ecuador.	10
1.2 La corporalidad de las identidades juveniles y las jerarquías sociales.	16
1.3 Objetivos	18
1.4 Planteamiento teórico	19
1.5 Metodología de investigación	25
1.6 El barrio, los sujetos, el investigador.	28
CAPÍTULO II	33
LOS SENTIDOS DE AFIRMACIÓN ÉTNICA A TRAVÉS DEL CUERPO.	
2.1 El barrio como “lugar antropológico” para la sociabilidad juvenil.	33
2.2 El contexto sociocultural del Comité del Pueblo.	35
2.3 Los usos del cuerpo como prácticas de afirmación social.	40
2.3.1 El regaetón y la sociabilidad juvenil.	42
2.3.2 El “perreo” y la reputación en las jóvenes.	52
2.3.3 El “look rapero” y los asuntos de hombría.	57
2.4 La apropiación de los estereotipos corporales mediáticos frente al contexto racista de Quito.	64
CAPÍTULO III	67
LOS USOS DEL CUERPO, EL SENTIDO DE PERTENENCIA ÉTNICO-LOCAL, Y LAS FORMAS DE SOCIABILIDAD.	
3.1 La bomba y el sentido de pertenencia étnico - local.	67
3.2 La proxemia del cuerpo y la sociabilidad de los/as jóvenes negros/as	73
3.3 La proxemia del cuerpo y los vínculos de etnia y clase.	79
3.3.1 El habitus y el cuerpo juvenil	79
3.3.2 El cuerpo proxémico y el espacio habitado.	82
3.3.3 Los vínculos parentales y la noción de ‘comunidad emocional’	85

CAPÍTULO IV	88
“SER JOVEN NEGRO” ENTRE EL RACISMO, LA VIOLENCIA Y LA REIVINDICACIÓN DEL HEDONISMO.	
4.1. La violencia en las formas de discriminación racial.	88
4.1.1 Las experiencias frente al acoso policial.	89
4.1.2 Formas y aprendizajes de la violencia cotidiana.	92
4.1.2.1 Las destrezas en el oficio de guardia.	92
4.1.2.2. La violencia en las rivalidades entre jóvenes.	95
4.1.2.3. La violencia legítima de la autoridad	96
4.1.2.4 Códigos reguladores de la violencia naturalizada.	98
4.2 La “despolitización” de las experiencias de violencia.	101
CONCLUSIONES	107
REFLEXIONES PARA UNA POLÍTICA DE IDENTIDAD JUVENIL AFRO.	
BIBLIOGRRAFÍA	112

RESUMEN

El presente trabajo de investigación constituye un estudio de caso acerca de la forma de usar y representar el cuerpo en un grupo de jóvenes negros/as en el Comité del Pueblo, un barrio popular de la ciudad de Quito. El enfoque de la investigación consiste en explorar la relación entre la performatividad corporal de los/as jóvenes, sus formas de vestir, de bailar, sus gestos, la necesidad de proxemia, de tocarse con otros cuerpo, con su contexto material y simbólico concreto dado principalmente por sus condiciones de subalternidad a través de la racialización y otras formas de exclusión social.

Con este propósito la investigación se inscribe en el análisis cualitativo de las percepciones, motivaciones e intenciones presentes en los actos de representación del cuerpo (que son ante todo prácticas vivenciales, imágenes corporales que se actúan); a través de la etnografía que sintetiza diversas técnicas de investigación cualitativa como entrevistas en profundidad, observación participante, y análisis de imágenes y líricas de canciones.

Bajo este enfoque se obtuvieron los siguientes resultados. En primer lugar las industrias culturales de música, sobre todo las vinculadas con el hip-hop y el reggaetón, se constituyen en referentes de identificación en distintos planos: étnico, generacional, y de género. Estos/as jóvenes encuentran en las celebridades de la música internacional una revalorización de la negritud a partir de la apología de la latinidad caracterizada por la sensualidad, que adquiere un sentido reivindicativo al ser asociada al “poder latino” que irrumpe y adquiere protagonismo en un espacio discriminador como Estados Unidos. También a partir de estos consumos culturales, los/as jóvenes negros marcan una diferenciación generacional con sus padres y/o madres, que adquiere su sentido en relación al origen migrante de sus familias provenientes del Valle del Chota. Por tanto a través de estos bienes los/as jóvenes construyen su identificación no solo con la vida urbana en oposición a la ruralidad de sus progenitores, sino también que se integran al circuito internacional de bienes culturales, representado por los productos de las industrias culturales. A más de esto los estereotipos de feminidad y masculinidad de estas producciones culturales se vuelven también un referente de género, en tanto son percibidos como formas ideales de ser hombre o mujer, que se vuelven referentes para la performatividad del cuerpo juvenil.

Sin embargo, del trabajo de campo realizado se desprende también que para estos/as jóvenes el grupo parental es uno de los anclajes culturales más importantes. La comunidad emocional juvenil se alimenta de la afectividad de los lazos de parentesco que generalmente existen entre los integrantes de los grupos de jóvenes en el barrio. Si bien su sociabilidad adquiere algunas de las características “neotribales” de las culturas juveniles, como la emocionalidad, la fisicalidad, en menor grado la territorialidad, es claro que estas características se alimentan profundamente de la pertenencia étnica y los vínculos parentales que ésta crea. Lo importante de esta característica es que provee a los/as jóvenes de un vínculo que trasciende la contingencia del encuentro como sucede con las tribus urbanas. De esta forma, si bien no existe un discurso reivindicativo que le de un sentido teleológico a la identificación étnica, el sentido de “orgullo de ser negro/a” hace referencia al “carácter” de los negros definido como ser “decididos”, y frontales para asumir la vida. Esta característica es significada para los jóvenes como una “forma de ser” a través del cuerpo, definida en usos del cuerpo como el “hablar a gritos”, “hacer relajo”, “amontonarse por todo”, etc.

Finalmente es necesario reconocer el papel de la violencia en la construcción de identidad de los jóvenes negros. Para los jóvenes de esta investigación las situaciones de riesgo son parte constitutiva de su vida cotidiana en tanto está presente en el oficio de guardia de seguridad que desempeñan formal o informalmente, es parte también de las rivalidades entre grupos de jóvenes al interior del barrio, a partir de sus relatos se puede apreciar la socialización de la violencia en espacios como la familia y el sistema educativo, y el caso más emblemático es el abuso policial del que han sido objeto, en varias ocasiones.

En este sentido se produce una suerte de “naturalización” de la violencia en la vida cotidiana de estos jóvenes y es a partir de esta experiencia que construyen su sentido de masculinidad, representado principalmente en el cuerpo a través de la postura, las miradas, los saludos, la vestimenta, etc. De esta forma valores como la hombría y el “ser respetado” se escenifican a través de la corporalidad, por lo que las disputas por el prestigio y el reconocimiento social entre jóvenes es uno de los motores principales de la sociabilidad masculina.

CAPÍTULO I

ASPECTOS TEORICOS Y METODOLOGICOS DE LA INVESTIGACION.

1.1 Balance crítico sobre los estudios de jóvenes en el Ecuador.

El mundo de las culturas juveniles es un tema que ha despertado un interés más o menos reciente en las ciencias sociales en el Ecuador. Los estudios sobre el tema han enfatizado la importancia de estudiar las producciones culturales de los jóvenes como un campo de significaciones particulares, en tanto tales producciones han sido frecuentemente invisibilizadas y hasta estigmatizadas por el “mundo adulto”. (Ver: Cerbino 2004; Cerbino, et, al 2001, Moreno 2002, González 2002, Gallegos 2001, Cordeo 2002)

Estos estudios han tratado de mostrar la complejidad de las (sub)culturas juveniles fuera de lo que Cerbino (2001; 31) llama los “saberes oficiales sobre los jóvenes”, como son los discursos propios del sistema educativo que enfatiza la juventud como etapa de incompletud y carencia, o el discurso alarmista de la “peligrosidad” de los jóvenes, propio de los medios de comunicación. En este sentido, tales esfuerzos investigativos, muestran la capacidad creadora de los jóvenes al construir prácticas significantes propias, impulsadas en gran medida por sus necesidades de reconocimiento y diferenciación en un contexto complejo marcado por la incertidumbre, los flujos de símbolos e información, el agotamiento de los proyectos nacionales, etc.

En esta línea se ha pensado la especificidad de las (sub)culturas juveniles en base a su distanciamiento (aunque no total) de las culturas parentales u otros tipos de filiación cultural. Estos trabajos recalcan la heterogeneidad de las culturas juveniles, sus dinámicas ampliamente cambiantes en relación a cada contexto, en donde una característica particular es su capacidad “camaleónica” en contraste con el estatismo de las identidades ancladas a los referentes “modernos”. La nación, la ideología política, las luchas y reivindicaciones sociales, etc, dotados generalmente de un sentido teleológico, un origen, un trayecto y un horizonte futuro que les de coherencia, son referentes identitarios que en los jóvenes parecerían perder su poder de generara sentidos de pertenencia.

Esta entrada ha permitido pensar las múltiples maneras de “ser joven” que surgen sobre todo en las ciudades actuales, ya que muchas veces, las culturas juveniles son tratadas como producciones simbólicas homogéneas bajo el supuesto de “la juventud” como una categoría a priori, que en base a la condición “atarea”¹ definiría las características primordiales del sujeto juvenil. Este ha sido justamente el sesgo común en los discursos oficiales sobre los jóvenes (colegio, medios de comunicación, familia, etc) y conlleva una forma de invisibilizar las complejas formas y múltiples experiencias de ser joven. Tal diversidad, responde sobre todo a los diversos contextos materiales y simbólicos frente a los cuales los jóvenes invierten sus impulsos culturales construyendo formas específicas y diferenciadas de asumirse bajo el calificativo de ‘joven’. (En el contexto latinoamericano algunos trabajos paradigmáticos son: Reguillo, 1998; Feixa et.al. 2002; Feixa 1998; Marín y Muñoz, 2002, entre los más importantes)

Sin embargo, en el caso del Ecuador, y más específicamente en Quito, si bien los estudios han enfatizado la heterogeneidad al interior de las culturas juveniles, la característica generacional se ha mantenido como el elemento fundamental a partir del cual entender las producciones culturales de los jóvenes. De esta forma sus lenguajes particulares, sus prácticas significantes, los valores que orientan sus comportamientos, han sido entendidos básicamente en comparación a los valores y normas hegemónicas del “mundo adulto”. Partiendo de la hegemonía de un mundo “adultocéntrico” tales estudios ha puesto su interés en la posibilidad contestataria de los jóvenes (en masculino), pues su posición subalterna devendría, consciente o inconscientemente, en prácticas de resistencia sobre todo en el terreno cultural. (Ver: Gallegos, 2001; González, 2002; Unda, 1996; Chiriboga, et.al. 2001)

A mi modo de ver, esta entrada ha llevado a interesarse por cierto “tipo” de jóvenes, pensados como “contestatarios”, ejemplificados en identidades como los “metaleros”, los “raperos”, los “hip-hoperos”, “barras bravas”, y otros colectivos de jóvenes que pudieran ser interesantes por desarrollar, en diversos ámbitos, formas contra-hegemónicas de poder. En este sentido los jóvenes “comunes” no han sido percibidos por el campo académico ni como poseedores de saberes “investigables” ni como sujetos

¹ Este término ha sido empleado en varios foros sobre juventud para referirse a la edad como el factor constitutivo del ser joven.

dotados de una agencia cultural en tanto no son explícitamente partícipes en actividades creativas, sobre todo ligadas a la música.

Pese a invisibilizar otras formas de ser joven, es importante mencionar que el estudio de los grupos de jóvenes “contestatarios”, ha llevado también a reconocer su posición ambigua frente a los valores considerados adultos. Por un lado sus discursos y prácticas expresan un rechazo a los valores y normatividades dominantes, expresado en instituciones como el colegio, la familia, la iglesia, el sistema político, etc. Pero al mismo tiempo, muchas de las formas de diferenciación entre jóvenes reproducen valores esenciales del orden adulto hegemónico como la sobre-valoración de la masculinidad o la persistencia de la jerarquización social por raza y/o clase social.

Explorando a fondo esta continuidad entre las culturas juveniles y el mundo adulto cabe preguntarse la relación que puede tener la condición “etaria”, como impulso de creación cultural, con anclajes culturales como los vínculos de identificación étnica y de clase social², como parte de las motivaciones de ‘agencia’ cultural de los jóvenes. La necesidad de pensar estas dimensiones como constitutivas del sujeto juvenil ha dado lugar a importantes análisis fuera del caso ecuatoriano. En un trabajo síntesis de varios años de investigación en el campo de las culturas juveniles, Feixa recoge la necesidad de pensar cómo “las culturas juveniles se construyen con materiales provenientes de las identidades generacionales, de género, clase, etnia y territorio” (1998: 87).

En el caso ecuatoriano, la tendencia a sobredimensionar la característica estrictamente generacional en las culturas juveniles se ha plasmado en el uso paradigmático de la idea de “tribalización” para entender las formas de sociabilidad que caracterizan a los jóvenes en la actualidad. Siguiendo la categoría de “tribus urbanas” de Maffesoli (1996) los estudios antes descritos enfatizan la construcción de los grupos de jóvenes como ‘comunidades’, cohesionadas por vínculos sobre todo afectivos, y replegadas en torno a elementos que acentúan las particularidades locales. La interpretación de esta tribalización sigue la hipótesis de que es una forma de responder a los intensos flujos globales de símbolos que traerían consigo fuertes procesos de homogenización cultural.

² En esta investigación no se busca discutir a cabalidad la noción de clase social. Se la toma en su sentido más restringido para dar cuenta de la situación de pobreza generalizada y de falta de oportunidades de acceso a la movilidad social de gran parte de la población del Ecuador.

En este sentido, muchos de los procesos de identificación social de los jóvenes, han encontrado en la cultura los materiales para reconfigurar el sentido de lo “propio” y lo “ajeno”, para lo cual, los objetos y prácticas de consumo cultural como la música o el deporte serían los principales mediatizadores de tales construcciones. En esta tribalización, la idea de fidelidad al grupo y la oposición a un “otro” antagonista, serían el motor y eje constitutivo de dichas identidades.

Desde otro punto de vista como es el de la dinámica de las pandillas Cerbino (2004) muestra también la sociabilidad juvenil en base al sentido de pertenencia a una comunidad juvenil aunque para este caso, las denominadas “naciones” alcanzan una dimensión mucho más amplia, su funcionamiento implica jerarquías de poder real entre los integrantes, y está articuladas a distintas formas de violencia.

De esta forma el estudio de las “comunidades juveniles” ha enfatizado el carácter “atomizado” de las dinámicas de reconocimiento juvenil, en donde el sentido de pertenencia se plantea como adscribirse a determinado “estilo” que como lo afirma Feixa (1998), representa ante todo un modo de vida diferenciado. Prácticamente todos los estudios muestran entrevistas a jóvenes pertenecientes a estos grupos en sus testimonios resaltan que ser “metalero”, “rockero”, “liguista”, etc, es en sí un modo de vida. Resulta claro que el estilo, funciona como un perfil identitario que incluye valores, ideologías, actitudes de vida que se asume particulares y en oposición a lo que se considera contrario a este perfil.

Ahora bien, es importante tomar en cuenta que los estilos no implican contenidos unívocos, pues como lo muestran Marín y Muñoz (2002), las comunidades de jóvenes tienen a su vez distintas formas de procesar y recrear el significado del estilo de acuerdo a sus propios contextos, por lo que no se puede pensar en el estilo como estereotipo cultural. Sin descartar este matiz cabe hacerse algunas preguntas ante el esquema interpretativo de las “tribus urbanas” y la adscripción al estilo como el paradigma de las producciones culturales de los jóvenes. En primer lugar no queda claro hasta qué punto el estilo condensa todos los impulsos de agencia cultural de los/as jóvenes, pues no todos ellos/as se adscriben a un perfil más o menos preestablecido de identidad, y aún los que se adscriben a estas construcciones pueden tejer también otros vínculos de

identidad fuera de los compañeros de estilo. Por tanto la tribalización este lejos de ser la única forma representativa de “ser joven”.

En los estudios sobre culturas juveniles en Quito, la descripción de la pertenencia al estilo carece de matices, en general se sabe muy poco sobre la vida de los jóvenes “tribalizados” fuera del espacio del colectivo al que pertenecen. En este sentido sus biografías parecen irrelevantes en la constitución de sus formas de ser jóvenes y más bien se suele tomar al estilo como el referente que condensa todas las experiencias vitales de los jóvenes, y no como un medio para expresar diversas experiencias de vida. En esta lectura el estilo parecería indicar una identidad fija, ya que el adoptar un membrete identitario conlleva adscribirse a un “deber ser” preestablecido. Ser auténticamente “punkero”, “rapero”, “rockero” implicaría una ideología, una creencia, unos valores determinados de antemano.

Sin descartar que varios colectivos de jóvenes puedan adoptar esta forma de establecer sus fronteras de reconocimiento y diferenciación y defender la “pureza” del estilo, puede resultar demasiado generalizante el asumir esta característica como inherente a los jóvenes identificados con un estilo. En este sentido, siguiendo las ideas de Marín y Muñoz (2002) esta interpretación corre el riesgo de desestimar los contenidos que pueden dar los jóvenes al estilo, la lectura que hacen de sus principios, sus códigos y la forma en que los usan. Para este autor la capacidad estética de los jóvenes consiste en reinventarse constantemente, en un juego sin fin de “mutaciones” en donde la autocrítica aparece como una cualidad importante de la dinámica de reinención juvenil que ha sido hasta hora poco explorada.

Se trata entonces de pensar en el estilo no como una identidad fija en tanto funciona en oposición con un alter, para lo cual es importante reconocer que gran parte del material con el cual los jóvenes construyen sus sentidos de pertenencia provienen de influencias culturales diversas, incluso de estilos “contrapuestos”, y son por tanto identidades inestables y cambiantes no solo en sus formas sino también en sus contenidos.

Otra pregunta pendiente en la hipótesis de la tribalización hace referencia a en qué medida los integrantes de dichas tribus abandonan referentes de identidad como las culturas parentales o los repertorios culturales socializados por la clase social, para

adscribirse a determinado estilo. La hipótesis de las tribus urbanas generalmente pone énfasis en la composición multiétnica y multclasista de muchas comunidades de jóvenes. Sin embargo esta interpretación minimiza el hecho de que tal posibilidad integradora de las tribus suele limitarse a los momentos de encuentro, un concierto, un partido de fútbol, etc. Frente a esta interpretación vale la pena preguntarse si fuera de estos espacios y tiempos de encuentro desaparecen efectivamente las jerarquías sociales entre los jóvenes.

Esta tensión abre nuevas posibilidades analíticas, pero sobre todo lleva a no encerrarse en el estudio de determinado estilo como tal. Esta investigación se basa en la hipótesis de que el “encuentro” de los jóvenes con un(os) estilo(s) determinado(s) forma parte de la “biografía” del individuo y que no necesariamente implica una ruptura con los repertorios culturales interiorizados a través de la socialización. Esto implica pensar cómo se construye la identificación con el estilo, cómo sintonizan los contenidos y formas de los elementos que conforman la subcultura de un estilo, con la normas y valores sociales aprendidos, lo que Bourdieu (1991) llama ‘habitus’, incorporado por los jóvenes.

Muchos de los estudios sobre culturas juveniles presuponen una separación del joven de sus anteriores núcleos de sociabilidad como son la familia o la institución escolar para afirmarse plenamente en una vida como joven. Separación que se daría ante todo en el plano cultural ya que materialmente la condición de juventud como moratorio social, los mantendría en situación de dependencia con el hogar parental. Sin embargo, varios estudios de culturas juveniles en el contexto latinoamericano, sobre todo en jóvenes de clases populares, reconocen la filiación familiar como un referente fundamental de las expectativas y experiencias de ser joven, es decir como un elemento integrante de sus producciones culturales. (Ver: Yúdice 2002, Dayrell, 2003, Wade, 2000) Esto lo describe muy bien Reguillo en el siguiente párrafo:

“Los jóvenes no están “fuera” de lo social, sus formas de adscripción identitaria, sus representaciones, sus anhelos, sus sueños, sus cuerpos, se construyen y se configuran en el “contacto” con una sociedad de la que también forman parte”(2002; 164).

Estas ideas abren camino al enfoque propuesto en esta investigación que consiste en pensar las conexiones entre las producciones culturales de los jóvenes, sus significaciones de “ser joven”, sus formas de reconocimiento y diferenciación, con los contextos materiales y simbólicos más amplios, sobre todo sus expectativas y conflictos dados por sus condiciones sociales como el género, la clase social y la pertenencia étnica.

Para aterrizar este enfoque general la investigación retoma una de las tendencias generales en los estudios sobre jóvenes no solo en el Ecuador, que es explorar el mundo de las culturas juveniles a través del estudio de la corporalidad, es decir tomar el cuerpo como el lugar en el que se condensan las producciones de sentido de los jóvenes. Sin embargo la distancia con este tipo de trabajos consiste en evitar una mirada “esteticista” de las producciones de los jóvenes, es decir no quedarse en el análisis de la construcción semántica de los códigos y lenguajes juveniles, sino ubicarla en relación directa con las condiciones materiales en donde tales producciones simbólicas son significativas, y más aún con la conflictividad que envuelve particularmente a los/as jóvenes negros.

1.2 La corporalidad de las identidades juveniles y las jerarquías sociales.

Uno de los principales aportes de la bibliografía en discusión es que muestra claramente la importancia de la performatividad corporal en la construcción de las identidades juveniles. Esto implica reconocer que en gran medida la autoafirmación de los jóvenes y su identificación pública, opera a través de formas de visualización mediante una diversidad de signos, que pueden ser objetos como la ropa, el pelo, los tatuajes, piercings, etc., o prácticas igualmente corporales como posturas, formas de mirar, de caminar, de bailar, etc.

Siguiendo la propuesta de Marín y Muñoz (2002) este fuerte componente estético que caracteriza a las culturas juveniles es ante todo un acto de “invención de uno mismo”. El empoderamiento sobre el cuerpo a través de la construcción estética, aparece como una constante en la heterogeneidad de mundos juveniles, pero también está sujeto a una multiplicidad de factores que lo contextualizan. La estética, como capacidad creadora, es profundamente diversa en significaciones, pues los jóvenes tienen una fuerte agencia en manipular los significados de los objetos simbólicamente valiosos dentro de sus

marcos culturales. Así, un mismo objeto o práctica, puede tener significados diversos entre distintos colectivos juveniles, dependiendo básicamente del contexto en el que se desenvuelven los sujetos juveniles que determina sus necesidades tanto de reconocimiento social como sus impulsos de diferenciación.

Este fuerte componente estético y performativo de las identidades juveniles lleva a pensar el consumo cultural en los jóvenes como uno de los espacios privilegiados que proveen materiales para el despliegue de las identidades juveniles. Sin embargo, para el caso ecuatoriano la comprensión de los sentidos del consumo cultural en los jóvenes ha prestado poca importancia a la conflictividad específica que envuelve los jóvenes estudiados. Siguiendo el aporte de Willis (1981) en su estudio sobre las prácticas simbólicas de jóvenes de clase obrera, el afán creativo no es un impulso que se da en el vacío, desligado de la materialidad de las condiciones de existencia. En su argumento la suerte de rebeldía simbólica de los jóvenes de clase obrera, expresada en prácticas como el fumar, consumir alcohol, la ropa y el argot que utilizan, debe entenderse en función de cómo perciben y entienden la subordinación de clase (Ibíd., 80)

Siguiendo esta línea vale insistir en la importancia de analizar las producciones simbólicas juveniles en relación a la posición que ocupan sus gestores en el espacio social más amplio, valga decir, en sus anclajes étnicos, de género, y de estratificación social. Esto implica no sobreestimar el mundo de la producción cultural de los jóvenes como el espacio privilegiado sobre el cual invierten sus impulsos de agencia social, pues el repliegue de los jóvenes sobre la cultura, puede legitimar su exclusión de espacios que inciden directamente en sus vidas como la participación política y el mercado laboral. En esta dirección valen las siguientes palabras Dayrell:

“...si la cultura se presenta como un espacio más abierto es por que los demás están cerrados para los jóvenes. Con eso no podemos caer en una postura ingenua de una supervaloración del mundo cultural como el que posibilita la salvación o solución de los problemas y desafíos vividos por los jóvenes pobres” (2003; 89)

En definitiva se trata de pensar la corporalidad juvenil como espacio en que se producen disputas y negociaciones entre distintos juegos de fuerzas. Por ende el cuerpo no solo es el espacio en el cual se expresa la agencia juvenil sino también que se constituye en el

espacio donde se materializa y reproduce la jerarquización y la exclusión social. De esta forma la agencia de los jóvenes expresada en su capacidad de “construcción de sí mismos” a través de la estética no puede dejar a un lado la conflictividad social, representada en temas como el racismo y la discriminación racial, las dificultades de inserción en el mercado laboral, la vulnerabilidad de los jóvenes ante la violencia estructural y cotidiana, la dominación masculina, por citar los temas que se abordan en la investigación.

1.3 Objetivos:

A partir del estado del arte presentado, el presente estudio de caso se ha planteado los siguientes objetivos generales y específicos.

- En el plano general la investigación busca por un lado abrir una línea de análisis y discusión sobre las variables de etnicidad, clase social y género en la comprensión de las culturas juveniles
- Por otra parte, la tesis pretende reconocer y acentuar la importancia de las condiciones materiales y simbólicas de subordinación que afectan a los/as jóvenes, en otras palabras la conflictividad social a la que se ven envueltos, como marco de referencia para sus impulsos culturales.

En un nivel más específico la investigación pretende

- Señalar la importancia de la corporalidad en las dinámicas de afirmación social que construyen los/as jóvenes negros/as.
- Relacionar la performatividad del cuerpo que muestran los/as jóvenes negros/as con los valores y normas de sus filiaciones de clase social y grupo étnico.
- Visualizar la vulnerabilidad particular de los jóvenes negros dadas las condiciones estructurales de subordinación a las que están expuestos, como parte fundamental de sus necesidades de reconocimiento social.

1.4 Planteamiento teórico

“El cuerpo es el vehículo primero de la socialidad, de su conquista o domesticación depende en buena medida el éxito o fracaso de un proyecto social”

(Reguillo, 2002; 151)

La contemporaneidad del interés de las ciencias sociales por la corporeidad del sujeto social no es casual, pues podría distinguirse en él un doble proceso. Por un lado, las transformaciones que instaura el capitalismo “postfordista” implican una nueva visibilización y utilidad del cuerpo que va desde el trasplante de órganos hasta la industria de la cosmética y la belleza. (Ver: Le Breton, 2002a; Martínez, 2004) La intervención científica sobre temas que anteriormente eran asumidos como “naturalmente dados” como el envejecimiento o la reproducción humana, para los autores citados, revelan la instauración de una nueva cultura somática que estaría transformando significativamente los valores y las mentalidades contemporáneas, sobre todo al desestabilizar las fronteras entre naturaleza/cultura sobre las que se asentaban buena parte de las dicotomías propias de la Modernidad para la comprensión del ser humano.

Por otro lado, el mismo desarrollo teórico de las ciencias sociales en las últimas décadas ha permitido cuestionar el predominio epistemológico que han construido las disciplinas médicas sobre el cuerpo al reclamarlo como “su” objeto de estudio por excelencia. En este sentido, como sostiene Foucault (1999), la medicalización del cuerpo se ha convertido en el paradigma para su comprensión a partir de la Ilustración. Es a partir de esta corriente post-estructuralista que el tema del cuerpo ha desplegado una reflexión crítica que en suma, apunta a develar relaciones de poder históricamente constituidas que atraviesan la construcción de la corporalidad humana.

Siguiendo esta tradición el cuerpo se ha vuelto un espacio fructífero para pensar las formas de dominación contemporáneas. En esta línea los aportes de autores como Lipovetsky (1986), Baudrillard (1974), Sennett (1997), Foucault (2000), entre otros, revelan el énfasis de la civilización occidental en el control y administración de la sociedad a través de la domesticación del cuerpo. Como lo muestra la genealogía foucaultiana cada época construye su propia forma de biopolítica orientada a la

optimización de las capacidades y al incremento de la utilidad del cuerpo a través de distintos dispositivos disciplinarios. Así por ejemplo, como lo muestra Lipovetsky (Citado en Le Breton, 2002a), la sobrevaloración contemporánea de la belleza está articulada fuertemente a la dinámica del consumo actual en donde el cuerpo se vuelve en sí mismo mercancía y signo a la vez. Para señala este autor actualmente “el narcisismo lleva a cabo una misión de normalización del cuerpo” (Ibíd., 89) Normalización que se desprende de la hegemonía de valores sobre el cuerpo tales como juventud, belleza, salud, higiene a través de los cuales se ordena y significa la corporalidad humana.

Estas posiciones críticas frente a los discursos contemporáneo sobre el cuerpo sirven como un primer marco de referencia para pensar la corporalidad de los/as jóvenes en dos direcciones. Por un lado gran parte de este nuevo “culto al cuerpo” se sustenta precisamente en la idealización y mitificación de las cualidades del cuerpo juvenil. La juventud en este contexto adquiere un sentido sublimado, se vuelve sinónimo de un cúmulo de cualidades altamente valoradas como la salud, la belleza, la vitalidad, etc que se vuelven deseables por los “no jóvenes”. Sin embargo esta exaltación de la juventud a través del cuerpo es paradójicamente promovida por el mercado que produce la juvenalización de los cuerpos a través de prácticas cosméticas.

El aporte de esta discusión acerca del cuerpo en las sociedades contemporáneas para entender la producción cultural de los jóvenes consiste en que nos lleva a pensar las ambigüedades de la autoafirmación social a través del cuerpo, que caracteriza a las culturas juveniles. Desde esta perspectiva la primacía de la estética como espacio privilegiado para la construcción de las identidades juveniles conlleva no solo la agencia juvenil sino que implica también el disciplinamiento del cuerpo de acuerdo a los parámetros definidos por el mercado.

Esta ambivalencia del espacio del consumo obliga a evitar interpretaciones dicotómicas. La capacidad política de los jóvenes de confrontar un orden social, debe entenderse en sus contextos concretos, partiendo de las especificidades de sus experiencias de subordinación. En este sentido el consumo cultural, a pesar de reproducir valores sobre la corporalidad como la estereotipación racial, la mercantilización del cuerpo, e incluso lo que el pensamiento feminista define como la heteronormatividad, puede constituirse

también en un espacio para disputar significaciones hegemónicas como la desvalorización y estigmatización según la raza y la clase como se verá en el transcurso de esta investigación.

En definitiva, la preocupación juvenil por la estética se mueve entre la internalización de la moral y la disciplina actual sobre el cuerpo, y por otra parte la capacidad de agencia expresada en las prácticas de “construirse a sí mismos”. Y lejos de ser una disyuntiva dicotómica, esta tensión puede entenderse más productivamente si se piensa la simultaneidad e interconexión de ambos procesos. Teóricamente esta dicotomía nos lleva a la discusión clásica sobre la agencia del sujeto versus su determinación social para la cual no es posible un balance o solución predefinida. Se trata mas bien de analizar esta tensión en un caso muy específico, y de reconocer las estrategias de manipulación de significados hegemónicos sea desvirtuándolos o reapropiándose de ellos, para disputar reconocimiento dentro de las distintas jerarquías sociales.

Esto implica como estrategia de análisis regresar a ver siempre al contexto particular en el que se desenvuelven los actores, los conflictos cotidianos que dan sentido a las formas de usar y representar el cuerpo. Para decirlo con Reguillo (Op, cit; 162) se trata de “hacer hablar los cuerpos”, pero esto solo es posible en tanto se esclarezca, el marco de significaciones en el cual la corporalidad juvenil deviene en acto de enunciación. La preocupación por el contexto en el que se desenvuelven los sujetos retoma la propuesta de Geertz (2000) de asumir la etnografía como “descripción densa”, es decir que las prácticas de los actores adquiere sentido en tanto se ubican en un marco de relaciones sociales y tramas de significados compartidos.

Las ideas acerca de la complejidad y ambivalencia de la construcción estética como eje de las identidades juveniles constituyen la entrada teórica general en este estudio. Sin embargo son insuficientes para explorar la particularidad de los/as jóvenes sujetos de esta investigación marcada por la racialización estigmatizante, la precariedad laboral, la vulnerabilidad ante la violencia, etc. Por esta razón la investigación se apoya en otras a líneas teóricas que se exponen a continuación.

En primer lugar es preciso reconocer que el disciplinamiento del cuerpo juvenil no se agota en el consumo, pues la administración y control de los/as jóvenes pasa también

por instituciones concretas como el sistema educativo o los aparatos estatales. Como bien lo afirma Reguillo (2002) existe una biopolítica racial que interactúa con la situación de pobreza de muchos jóvenes, en tanto ambos elementos sirven como categorías de clasificación social que se materializa en la construcción de sujetos juveniles “peligrosos”, por su “predisposición innata” a la violencia. Para esta autora, la “peligrosidad” que envuelve a muchos jóvenes se construye en base a su representación como “cuerpos ingobernables” que requieren “mano dura” y el ejercicio de la fuerza física para su sometimiento.

Para el caso concreto de esta investigación esta idea es fundamental, pues muchas de las formas de violencia en las que están involucrados los jóvenes protagonistas de esta investigación, tienen que ver directamente con la racialización como sucede con el acoso policial generalizado hacia los negros. Según varios estudios sobre el racismo en Ecuador (Ver: de la Torre 2002, Rahier, 1999), en la sociedad ecuatoriana imperan las representaciones que delincuentizan a la población negra. Esto se acentúa en el caso de los jóvenes, pues su “peligrosidad racial” se acentúa por sus prácticas juveniles: vida nocturna, los usos del cuerpo asociados a las pandillas, formas lúdicas de violencia, etc. En este sentido la investigación pone énfasis en analizar cómo el cuerpo de los jóvenes negros expresa la tensión de afirmarse socialmente dentro de esta biopolítica de la racialización.

Una segunda línea de reflexión importante que asume la investigación es la necesidad de pensar la filiación étnica y de clase en los jóvenes, a través de la corporalidad. En los estudios sobre jóvenes en el Ecuador, si bien se describen usos y valoraciones distintas del cuerpo entre las clases sociales, no se ha pensado lo suficiente en qué medida tales filiaciones parentales son determinantes en la construcción diferenciada del cuerpo entre los jóvenes. Siguiendo a Bourdieu (1991; 96), el cuerpo es el lugar privilegiado de inculcación del ‘habitus’, es decir las “estructuras de percepción, pensamiento y acción” que se incorporan en el sentido más estricto de “volverse cuerpo”.

Si como afirma Cerbino “el cuerpo es la categoría que mejor sintetiza los saberes, los sentires, los valores y la visibilidad de las culturas juveniles” (1998; 57), es posible pensar que la corporalidad juvenil contienen también los saberes, sentires y valores socializados e incorporados. En este sentido el cuerpo también se constituye en una

ventana para explorar las consonancias y discrepancias entre, por un lado, los valores y normatividades corporales productos de la incorporación del habitus étnico y de clase, y por otro, el proceso de reinención de sí mismos de los jóvenes a partir sobre todo del consumo cultural, usado para demarcar la diferencia generacional a través del cuerpo.

Retomando la idea de habitus, como “sistemas de disposiciones duraderas y transferibles” (Bourdieu 1991; 60) es posible pensar la continuidad de tales disposiciones entre generaciones, lo que no implica el traspaso inalterado del habitus. Por el contrario su eficacia en proveer al sujeto esquemas prácticos para responder al entorno social, radica justamente en su adaptabilidad. Por tanto, está obligado a “validarse”, si es que cabe el término, en las acciones cotidianas de los individuos. Las situaciones específicas, los contextos diferenciados en los que los jóvenes se desenvuelven, implican la “puesta a prueba” del habitus incorporado. En este sentido es que vale la pena pensar en qué medida las prácticas juveniles implican una continuidad con los principios, valores, y esquemas de acción apprehendidos socialmente.

Siguiendo este planteamiento debemos pensar en que las prácticas de consumo cultural de los jóvenes no son casuales ni totalmente elecciones voluntarias sino que también responden a lo que Bourdieu (1998) llama estructuración social del gusto. Si bien los consumos de música, de ropa, de adornos para el cuerpo, etc. se inscriben en una suerte de “economía corporal” de los jóvenes, es importante plantearse la relación de estos significados con los valores transmitidos por las vinculaciones parentales. En el Comité del Pueblo, pese a ser un espacio intercultural por la interacción entre población negra y mestiza, es notorio el énfasis puestos por los/as jóvenes negros para demarcar lo considerado “apropiado” para negros. Como se pretende demostrar posteriormente, en esta disputa, que es al mismo tiempo material y simbólica, la “etnicidad aprendida” a través del habitus es, dependiendo del caso, desafiada o reforzada por una “etnicidad inventada”, a través del uso creativo de los productos de las industrias culturales.

Finalmente el presente estudio se alimenta también de las reflexiones sobre el cuerpo y el género de las teorías feministas contemporáneas. Como antecedente a esta exposición teórica vale decir que, como sostienen varios autores (Reguillo, 2002; Feixa 1998; Chiriboga et.al, 1998), el género es uno de los vacíos más importantes en los estudios sobre culturas juveniles Si bien esta investigación no pretende analizar el tema del

género exhaustivamente, es necesario reconocer la importancia de los imaginarios sobre el ‘ser hombre’ o ‘ser mujer’, que atraviesan las prácticas de identificación y diferenciación entre jóvenes.

La reflexión crítica sobre el género, especialmente desde las teorías feministas actuales, gira en torno a problematizar la “naturalización” del esquema binario hombre-mujer a partir del cual se normaliza la corporalidad y sexualidad humana. (Ver: Butler 2002; Braidotti, 2000). En este sentido se plantea analizar los discursos y prácticas hegemónicas a partir de las cuales se produce y reproduce la “sexuación” de los sujetos de acuerdo al imperativo heterosexual.

La posición abiertamente crítica de los feminismos apunta a desestabilizar las clasificaciones dicotómicas del género, y reconocer la diversidad en torno a la sexualidad que surge de la “plasticidad”, si cabe el término, propia del componente social y cultural que construye la corporalidad humana. En esta línea Butler (2002) sostiene que el carácter eminentemente performativo que constituye el género, en el sentido de que “ser hombre” o “ser mujer”, lejos de ser una identidad predefinida y estable, es ante todo algo que se actúa.

Este planteamiento vale para tomar en cuenta, las representaciones de género que están presentes en las formas de usar y representar el cuerpo de los/as jóvenes. Sobre todo en casos como el de esta investigación en donde la racialización está acompañada fuertemente de matices sexuales ligados a la supuesta “hipersexualidad” de los/as negros/as. En esta dirección vale pensar la forma en que la población negra joven negocia su autoafirmación con los imaginarios dominantes que asignan a los/as negros/as cualidades sexuales excepcionales, y que en gran medida son reforzados por los consumos culturales de la industria musical.

Se trata entonces de pensar la relación entre etnicidad y género como una relación eminentemente dialéctica, en donde no solo la racialización opera también a partir de la estereotipación de género, sino que al mismo tiempo es necesario reconocer que la reproducción de la normativa heterosexual puede ser utilizada por los sujetos para desafiar la estigmatización racial. Al menos para este estudio de caso, a través de la

asimilación de los referentes sexistas de las industrias culturales transnacionales, los/as jóvenes encuentran un mecanismo de valoración de la negritud.

Para finalizar la exposición teórica es necesario aclarar que si bien estas ideas funcionan como directrices generales a lo largo de toda la investigación, cada capítulo utiliza indistintamente diversas categorías analíticas que sirven de soporte a las reflexiones que sugiere la información empírica obtenida. Estas categorías provienen básicamente de la sociología, la antropología y los estudios culturales, de tal forma que la investigación adquiere un carácter interdisciplinario.

1.5 Metodología de investigación

La presente investigación es de carácter eminentemente cualitativo, en tanto la performatividad del cuerpo que agencian los/as jóvenes negros, la constituyen prácticas significantes que requieren ante todo un trabajo de comprensión. Sin desconocer los determinantes macro-sociales que condiciona la posibilidad de agencia de los jóvenes sobre su cuerpo, el enfoque comprensivo apunta a indagar en los significados particulares que tienen las prácticas en relación al contexto en el que se desarrollan. Por esta razón para este estudio son pertinentes las metodologías cualitativas ya que permiten acercarse tanto a las motivaciones e intenciones de la agencia juvenil sobre el cuerpo como a la conciencia de los actores de las fuerzas sociales que estructuran su propia subjetividad.

A más de esto el enfoque cualitativo tiene un gran valor ético en tanto posibilita la construcción de un conocimiento dialógico. Ya que resalta la “voz de los actores” permitiendo conocer la forma en que interpretan sus propias experiencias y dan sentido a sus prácticas, lo que se confronta con las percepciones y representaciones del investigador sobre su propia experiencia y la de sus interlocutores. De esta forma es necesario reconocer la permanente autocrítica para lo cual el investigador hace explícita la relatividad de sus propias explicaciones.

Para un estudio de este tipo es fundamental el reconocimiento de la situación del investigador en contraste con la de los actores. Un estudiante de maestría, mestizo, de clase media, frente a un grupo de jóvenes negros, pobres, con escaso acceso a la

educación formal. Bajo la noción de "descripción densa", el etnógrafo trabaja con las interpretaciones que hacen los actores de sus actos, quienes evalúan consciente o inconscientemente el contexto en el cual sus acciones adquieren diversos significados. Este enfoque asume que no es posible hacer una descripción objetiva de la especificidad cultural del "otro" como suponía la antropología funcionalista clásica sino que la descripción que proporciona el etnógrafo es en sí una interpretación de los significados que los actores ponen en juego en las interacciones sociales.

La etnografía fue el punto de partida para la investigación, en tanto buscaba el contacto cercano con los sujetos, poder compartir la mayor cantidad de momentos en su vida cotidiana, interactuar con ellos en distintos círculos sociales, etc. Sin embargo en el transcurso de la misma se vio la necesidad de dar mayor profundidad al análisis del discurso de los/as jóvenes, sobre todo a partir del tema de la violencia, frente al cual encontré una mayor predisposición para relatar la biografía de estos jóvenes a través de sus experiencias en diversas situaciones de riesgo. Si bien intenté mantener amplias conversaciones sobre temas como la sexualidad, la identidad étnica, el racismo, son los relatos acerca de experiencias de violencia los que presentan gran cantidad de detalles y mayor riqueza en la información. Ante este material era indispensable darle fuerza a las anécdotas que ejemplifican la vivencia del racismo en Quito.

Por otro lado el hecho de que algunos de los jóvenes investigados son protagonistas de actividades artísticas ligadas a la música, sugirió también la profundización del análisis de los relatos. El hecho de crear letras de canciones implica un trabajo importante de selección acerca de qué temas son importantes de contar y cómo hacerlo. Si bien estas producciones podrían ser analizadas desde la lingüística, para esta investigación se utilizó más un análisis sociológico, en el sentido de indagar en los valores y percepciones que están detrás de dichos textos.

En relación a los relatos de los/as jóvenes, sin embargo muchas de las explicaciones sobre sus comportamientos dejaban de lado una serie de aspectos fundamentales que pude identificar al familiarizarme con el contexto material y sobre todo significativo en el que se desarrollan muchos usos públicos del cuerpo. Algunos de estos aspectos son la importancia de la rivalidad entre hombres como forma de afirmación de la masculinidad, los intereses de conquista al sexo opuesto, las disputas entre jóvenes por

el prestigio y el reconocimiento social, entre otros temas. Esto obligó también a “desconfiar” de algunas explicaciones, no porque sean engañosas sino porque construían una “versión oficial” de varios comportamientos. Como afirma Bourdieu “lo que hacen los agentes tiene más sentido del que saben, porque nunca saben por completo lo que hacen” (1991: 89), por lo que la estrategia investigativa fue interpretar los relatos obtenidos a partir de la información obtenida mediante la observación participante en espacios cotidianos de sus vidas. Para esto fue importante las anotaciones de campo sobre pequeñas conversaciones informales que mantuve o pude escuchar, y sobre todo analizar las bromas y el humor como espacio particularmente útil para expresar los valores, presupuestos éticos, criterios de clasificación, etc, que están detrás de la performatividad corporal.

Es importante también destacar el análisis de imágenes como una fuente adicional para muchas de las interpretaciones que se desarrollan en el documento. Sobre todo porque una de las mayores dificultades para el estudio de la corporalidad es la posibilidad de registro, en tanto los movimientos, la gestualidad, la actitud corporal, etc son elementos que se suceden súbitamente y por ende es difícil retenerlos para indagar en su significado fuera del “tiempo real” en el que se ejecutan. Es así que se hicieron varias filmaciones en diversos espacios bajo la idea de producir un vídeo-clip-documental, proceso que se detallará en líneas posteriores.

El trabajo de campo duró un poco más de un año, desde julio del 2004 hasta diciembre del 2005. Se produjeron 10 entrevistas en profundidad 7 a hombres y 3 a mujeres y cerca de 50 registros de observaciones de campo, en los cuales constan gran cantidad de conversaciones informales en las que se pedía explicaciones a diversos comportamientos del momento sin una guía de preguntas preestablecida.

Finalmente es necesario destacar que la investigación se propone un análisis denso de un caso muy particular, y por tanto los resultados deben manejarse con suma cautela ya que los sentidos de “ser joven negro/a” investigados no resultan representativos ni de los/as jóvenes negros/as en general, ni de los jóvenes adscritos al estilo del rap o del reggaetón, ni de los jóvenes pobres. Sin embargo las condiciones estructurales de exclusión de los/as jóvenes negros y las redes sociales que posibilitan los contactos entre los jóvenes de distintos barrios marginales del norte de Quito permiten pensar en

que estas formas de construir pertenencia étnica pueden representar a muchos más jóvenes de los que se refiere el estudio empírico. Obviamente eso tendría que validarse con investigaciones más amplias pero eso no resta que las problemáticas, los conflictos y las respuestas a estas situaciones que se describen en esta investigación pueden ser compartidas por la población joven negra en general.

1.6 El barrio, los sujetos, el investigador.

Los sujetos de esta investigación son un grupo de jóvenes de aproximadamente 15 personas entre hombres y mujeres, cuya red de parientes y amigos se extiende dentro del barrio llamado Comité del Pueblo, por lo que en total, en el trabajo de campo se tuvo contacto con alrededor de 30 jóvenes de edades que oscilan entre los 15 y los 23 años. Prácticamente todos tienen un origen migrante en el Valle del Chota sea directamente o como hijos de emigrantes y se reconocen racialmente como negros salvo dos excepciones que al no caber en el fenotipo de la negritud se asumen como mestizos. Dentro de la lógica de los jóvenes del barrio de formar grupos bajo un nombre que los identifique, éstos jóvenes utilizan su propia auto denominación que con fines de precautelar la identidad de los informante llamaré “Black Swing” (BS)

En el caso de los varones alcanzaron los primeros años de secundaria y por diversas razones están insertos en el mercado laboral formal y/o informal desde la adolescencia. Algunos de ellos tienen hijos, aunque solo dos son efectivamente sostén de hogar. Los demás mantienen relaciones diferentes con sus respectivas familias. Mientras algunos de ellos viven aún con su familia inmediata, sus ingresos en un alto porcentaje son parte del presupuesto familiar amplio. Tres de ellos, por su parte, son independientes y juntos arriendan un cuarto para compartir los gastos. Este cuarto se ha convertido en el centro de encuentro del resto de miembros del grupo.

Sus empleos son generalmente poco calificados y de escasa estabilidad al igual que sus ingresos, aunque desde hace un par de años atrás ejercen el oficio de guardia de seguridad en discotecas, como actividad paralela a sus otros empleos. Incluso en momentos de cesantía éste llega a ser el empleo más estable o al que acceden con mayor facilidad, ya que generalmente cuentan con redes y contactos para vincularse a este oficio calificado socialmente como “propio para negros”.

Algunos de ellos participan de actividades artísticas como son el cantar improvisando “líricas” en formatos musicales como el reggaetón o el rap, y de acuerdo a esta actividad musical surgió el nombre “Black Swing”.

Justamente a través del grupo musical tuve acceso a la red más amplia de jóvenes, especialmente sus amigas con quienes se pudo trabajar algunas experiencias específicas de ser jóvenes negras, ya que en general la sociabilidad de las jóvenes no solo negras es menos visible en tanto los espacios públicos son principalmente ocupados por varones, por lo que resulta más difícil tener encuentros y comunicación con mujeres. En este sentido la manera de tener acceso a las voces de las jóvenes fue posible únicamente al entablar confianza con sus amigos. Sin embargo no fue posible realizar observaciones de reuniones, encuentros exclusivamente de mujeres, o entrevistas largas por la desconfianza sobre los propósitos de un extraño para estar “a solas” con ellas.

Esta red de amigas es mucho más heterogénea que el grupo de amigos. El hecho de que sean amigas de los “BS”, no implica necesariamente que tengan una amistad entre ellas, al contrario existen fuertes rivalidades por diversos motivos, muchas veces ligados a temas como la traición y los celos. Otro punto de fricción tiene que ver con la significación del lugar de origen. Las que tienen pocos años en la ciudad son vistas por las chicas nacidas en Quito como “menos urbanas” en algunas costumbres y prácticas, sobre todo en las formas de vestirse o bailar.

Sin embargo, una generalidad que caracteriza a las mujeres en relación a los hombres es que han alcanzado un mayor nivel de escolaridad. Esto tiene que ver con la relación de dependencia económica que mantienen las jóvenes con sus padres y/o madres, expresada en la obligación de cumplir con los estudios secundarios (bachillerato). Si bien algunas trabajan en el día y estudian en la noche, este esfuerzo adicional refleja la presión social para que las mujeres estudien, incluso como un pretexto para “evitar que se embaracen” y tengan que adquirir prematuramente responsabilidades de adulto.³ De

³ El tema de la maternidad en adolescentes afro descendientes constituye en sí mismo una cuestión relevante, no solo por su frecuencia sino principalmente por los imaginarios y valores sobre la relación maternidad-feminidad. (Al respecto ver: Fernández-Rasines, 2001; Hernández, 2005)

esta forma las expectativas de sus padres (y que en parte son asumidas por ellas) están puestas en las posibilidades de conseguir mejores trabajos teniendo un título secundario.

Por su parte los hombres dejaron los estudios tempranamente según ellos por “voluntad propia”, en el sentido de que es una decisión motivada por el deseo y la necesidad de obtener ingresos propios, y no necesariamente una imposición de los padres. La adolescencia en el caso de los varones implica buscar espacios de autodeterminación, en donde encontrar trabajo es parte de “ya no ser niño” y valerse por sí mismos descartando, o en todo caso disminuir la dependencia de los padres y/o madres. En general esta decisión significó desestimar el valor del título secundario para tener mayores oportunidades en el mercado laboral. Aunque la deserción escolar no fue uno de los puntos en que se buscó mayores detalles, cabe señalar que esta decisión se enmarca en la lógica de anteponer lo inmediato antes que las proyecciones futuras. Sin embargo esta decisión ha sido fundamental en su vida pues les ha significado espacios de autonomía familiar, lo que es altamente valorado para ellos, y también les ha permitido acceder a ciertos bienes altamente significativos como celulares, ropa, zapatos, que de otra forma serían difíciles de conseguir.

Una característica general del grupo es que se encuentran en un momento de transición a la vida adulta. Si bien desde mucho antes han ido desempeñando responsabilidades como el aporte a la manutención del hogar sea económicamente o en trabajo, durante los meses del trabajo de campo se dieron importantes cambios en sus vidas ligados a asumir responsabilidades de adultos, sobre todo por el tema de la paternidad/maternidad. Esto significó la búsqueda de trabajos más estables y de cómo resolver los problemas de manutención de un hijo, conseguir vivienda, la atención médica, la relación con los familiares políticos, etc.

En sus testimonios generalmente aparece la noción de que “ahora ya no hacen todo lo que hacían antes”. Esta característica marcó en gran medida el transcurso de la investigación, pues resultó explorar las ambigüedades de este proceso, la forma en que evaluaban su vida de “más jóvenes” con cierta nostalgia, pero sin perder el interés por la semi-moratoria social que significó para ellos el estado anterior, pero de alguna manera resignados a asumir las responsabilidades de la vida adulta. En una visita posterior al trabajo de campo “oficial” encontré que dos de los jóvenes con los que tuve más cercanía

estaban haciendo los últimos preparativos para “ir al cuartel” que es también una de las fronteras materiales y simbólicas con las que asumen la entrada a la adultez.

Otro elemento que los caracteriza es su posicionamiento en el barrio como el grupo que “se lleva bien con todos” y que es identificado por “armar relajo” en todo momento, por hacer reír a los demás y convertir cualquier espacio en un lugar de algarabía juvenil. En este sentido su autodefinición como grupo enfatiza la apertura a disfrutar de todo, sin preferencias marcadas en cuanto a música, y un tanto ajenos a las tensiones entre los jóvenes adscritos al rap, quienes generalmente desestiman los géneros musicales “tropicales” como la salsa, la cumbia, la misma bomba del Chota, por considerarlos “tradicionales” en contraste con lo “moderno” y lo “duro” que es el hip-hop, y descalifican también al reggaetón por popularizar y banalizar los símbolos de adscripción al rap y al hip-hop como la ropa, el graffiti, los “debates” (desafíos de improvisación y baile), etc.

La forma de los BS de jugar con los estilos, de mimetizarse en las distintas sensibilidades de varios géneros musicales (vistos generalmente como incompatibles) de acuerdo a sus estados emocionales, fue decisiva para trabajar con este grupo de jóvenes en particular antes que analizar el crecimiento de la movida rapera en el barrio. En este caso particular me parecía significativa la forma en que estos/as jóvenes conjugan materiales culturales tan diversos para “inventarse a sí mismos”.

El mecanismo para insertarse en el barrio y lograr confianza con los jóvenes fue proponerles grabar un “demo”, es decir registrar en un CD las canciones que había compuesto el grupo. Esta propuesta tuvo varias intencionalidades. Pretendía por un lado crear confianza a través de un proyecto común de beneficio mutuo. Me pareció la mejor forma de retribuir de alguna forma el tiempo y la apertura para la investigación. Por otro lado buscaba también “registrar” una actividad altamente creativa como la composición de letras, que podían ser analizadas como producciones discursivas capaces de revelar valores y significaciones importantes de los jóvenes.

En este proceso mi rol se asemejó al de “productor artístico” en tanto significó buscar estudio de grabación, preparar ensayos, etc. Si bien la estrategia cumplió lo previsto, también tuvo un efecto adverso en tanto adquirió un tinte paternalista y clientelista, ya

que la grabación era vista para ellos como una inversión de dinero a cambio de “nada” (estar junto a ellos y hacer entrevistas) No obstante al tener el producto materializado, surgió como iniciativa de los BS hacer un vídeo-clip con algunas de las canciones grabadas. Esta iniciativa significó la dilatación del tiempo de trabajo de campo previsto inicialmente, pero fue crucial para construir una relación más horizontal, pues optamos por un uso democrático de la cámara a partir de la cual el grupo tenía más espacio de participación y sobre la posibilidad de negociar la forma en que querían verse representados. A más de esto, se logró involucrar no solo a los “cantantes” del grupo como en el caso del “demo” sino también a los amigos cercanos e incluso a jóvenes de otros grupos de música y baile que se interesaron por aparecer en el video.

Gracias a esta iniciativa la “contrapropuesta” investigativa fue no quedarse en el vídeo-clip sino trabajar en una especie de documental sobre los/as jóvenes negros/as en el Comité del Pueblo, pues me parecía una oportunidad excepcional para sortear las dificultades de registro de los usos y representaciones del cuerpo, y a través de las imágenes contar con una material de análisis. Una de las tareas más difíciles en la investigación fue tratar de relatar la performatividad corporal de los/as jóvenes, pues la sutileza de muchos códigos y el carácter profundamente emotivo de muchas prácticas corporales demandaba otro tipo de registro más que la descripción a través del lenguaje escrito, pues era un intento de traducir en palabras lo que tenía sentido justamente por no ser discursivo.

Tanto el demo como el documental se convirtieron en un motivo real y también un pretexto para los encuentros, y sobre todo permitieron tener una razón válida para los jóvenes de mi presencia ahí. Incluso muchos jóvenes cantantes de hip-hop se acercaron a proponer que se haga algo similar con otros grupos. También fue interesante presenciar cómo estos productos repercutieron en las mismas dinámicas entre los jóvenes del barrio, pues en un espacio donde está en auge la movida hip-hop, y hay gran cantidad de raperos, el lograr un disco y un video para los BS implicó alcanzar un mayor espacio de reconocimiento y estatus dentro del barrio.